

Encuentro con Julia Cuautla

por ROSA M. CABRERA

El tiempo aquella tarde era todo barroco,
frente al atrio empedrado de la Tonanzintla.
Curioso de las voces en sereno coloquio
se adelgazaba el aire y casi se hizo trizas.

Las campanas en alto no marcaron las horas,
tímidas y asustadas de despertar al pueblo,
que dormía una siesta destrenzada en agobios,
pesadillas atávicas que atormentan el sueño.

Julia Cuautla, tus manos, tus ojos y tus labios,
dijeron pocas cosas, pero con tu presencia
relataste tu historia y la historia de otros
que vivían en las piedras, en sembrados y huertos.

Parecías un ángel barroco del retablo
y traías mensajes de tu tierra cercana,
y tú hablabas por todos, los de ahora y de antes,
con la sabiduría de la raíz y el agua.

Los dioses de la lluvia, del maíz y los astros,
se unían a tu suave catecismo aprendido.
Tu ritual de ademanes era un idioma nuevo
de los gestos remotos, ceremonias de ritmos.

Los racimos de ángeles del barroco retablo
miraban como tú, con párpados de almendra,
y, como ellos también, parecías testigo
de aconteceres quietos, ensartados en hebras.

Aprendí de tu raza más que en todos los libros,
supe de los secretos ancestrales y ocultos,
en tus palabras suaves, fluidas y conformes,
que tenían de ensalmo, de plegaria y conjuro.

Julia Cautla, tu estirpe está esculpida en piedra,
y en tu alma se enlazan ídolos y sagrarios.
Tú no sabes que llevas en ti sola dos mundos
y que puedes fundirte en crisol de milagros.

México, D. F.